

Si bien pareciera que el acceso a los materiales y el intercambio expedito de información, fruto de la era de la globalización, tiende a la homogenización del panorama general en las artes y del grabado en particular, son los contextos específicos los que determinan las características únicas de los procesos artísticos y sus resultados, así como las características propias de las formas de enseñanza tanto de lo técnico como de lo reflexivo. Son estas particularidades, lo que a mí parecer, es relevante examinar en una conversación como la propuesta en este foro internacional.

Los énfasis y propiedades del proceso de formación del grabado en Chile, que me propongo exponer, se construyen desde contextos históricos, muchas veces dados por sentados o no revisados en su mérito, cuyas consecuencias se van cimentando en prácticas que hoy es posible identificar.

En el tiempo en que estudié grabado en la Universidad de Chile, el panorama en mi país era distinto al de hoy, estoy hablando de los principios de la década del 90. Chile recién volvía a la democracia luego de casi dos décadas de una dictadura, que si bien, sentó las bases de una apertura económica, optó por el aislamiento en el ámbito cultural, reduciendo y encriptando el sistema de las artes. Hacia finales del siglo xx, internet y las tecnologías de comunicación, que hoy son parte del día a día, estaban recién apareciendo y todo parecía más lejos desde esta esquina de américa del sur.

Debido a esto, la enseñanza del grabado en ese entonces no solo tenía que cubrir los aspectos procedimentales de cada técnica, sino que también la fabricación de muchos de los elementos necesarios para la realización de dichos procesos. Los pocos materiales que se conseguían estaban más asociados a la industria de la imprenta que a una práctica artística específicas. La inexistencia de tiendas especializadas en arte o grabado que proveyeran lo necesario para el buen desarrollo de la enseñanza y producción, creó la necesidad de sistematizar el estudio de los insumos.

En esa realidad tuve la suerte de tener maestros como Julio Palazuelos, Eduardo Garreaud y Rafael Munita, que investigaron y compartieron viejas recetas descubiertas en antiguos tratados de grabado, las que fueron adaptadas a los materiales y recursos disponibles en el país.

La necesidad es la madre de la inventiva. En esa época la obligación de conseguir materiales e implementos hizo que tanto maestros, estudiantes y artistas debiésemos acomodar prácticas, examinando nuestro quehacer para encontrar los aspectos que creímos eran los más importantes en el arte del grabado. Este análisis es una constante del cuál el grabado ha sabido dar cuenta, recogiendo sistemáticamente elementos de la industria grafica reinterpretando su valor a través de su uso.

En consecuencia, esta constante adaptación, análisis y estudio se transformó en un rasgo vital en el modo en que comprendemos su enseñanza. Que influye en los lenguajes simbólicos y poéticos, en la reflexión del proceso de creación, en la apropiación de la práctica, en el trabajo colaborativo y finalmente en sus resultados.

Actualmente los cursos de grabado no se conciben sin una unidad de lo que llamamos “la cocina”, donde se van revisando y desarrollando las recetas de los elementos que nos servirán para las distintas técnicas que se ven en el taller. Las mismas recetas que los maestros del taller adaptaron y que hemos ido transmitiendo y mejorando generación tras generación.

Los barnices que utilizamos hoy para el aguafuerte son fabricados íntegramente por nuestros estudiantes, lo mismo sucede con la tinta, los crayones y tusche litográfico.

La fabricación de estos productos nos da la oportunidad de entender los procesos técnicos del grabado desde su interior, y así luego concentrarnos en los significados poéticos que componen cada uno de estos procesos; dibujar, crear una matriz, imprimir, dejar una huella, crear un impreso.

Es cierto que ahora se puede ir a la tienda de arte de la esquina y comprar el barniz que necesitas, pero los estudiantes siguen prefiriendo fabricar los suyos, hay algo en la alquimia del proceso y de la apropiación del oficio desde la cercanía de la materialidad que construye identidad.

Dibujar con un crayón que tu mismo hiciste crea una gran diferencia.

Con el tiempo generamos un sistema de enseñanza en que lo colaborativo estaba al centro, en que el taller era un lugar de residencia y cada nueva generación de estudiantes era motivada a apropiarse del espacio.

Una de las primeras actividades del año es la limpieza a fondo del taller, practicada de manera conjunta. Esta suerte de ritual busca que los estudiantes conozcan los espacios que lo componen, entiendan y manejen las prensas a cabalidad, se introduzcan en su historia a través del quehacer y la manipulación más elemental.

Esta actividad contribuye a afianzar lazos, generar sentimiento de equipo y cohesión, más aún, de familia. Apoyados por la creencia que el espacio del taller de grabado es un lugar en el que todos aprendemos de todos. El grabado se transforma en una de las pocas disciplinas del mundo de la plástica en que la colaboración y trabajo comunitario es un pilar. Su efecto desemboca en la manera en que los roles de artista e impresor conviven entre sí y con otras personas del mundo de las artes.

Nos apoyamos y crecemos, estudiantes y profesores.

Este sistema de enseñanza se suspendió con aparición del Covid19. El tiempo de pandemia y cuarentena obligó la búsqueda y prueba de nuevas maneras de enseñanza, las que, en este caso, fueron más allá de un cambio metodológico. Requiriendo de exploraciones y experimentaciones en nuestros propios hogares o talleres particulares y readaptaciones de métodos cuya utilización conllevó una nueva mirada del grabado, más íntima e independiente.

Estábamos encerrados en nuestra realidad, los estudiantes debían conectarse a clases desde el comedor de su casa o desde el escritorio de su habitación. Nuevamente no había tienda, ni materiales, esta vez hubo que buscar en la cocina los pigmentos para

hacer la tinta e imprimir de forma manual. Hubo que usar el papel que estuviera disponible en casa. Los estudiantes no tenían acceso a una prensa, ni al espacio del taller.

No poder acceder al taller de grabado no solamente implica la imposibilidad de usar su maquinaria, sino que, lo que creo más importante, niega el diálogo visual que sólo sucede en el espacio del taller. Las mesas en que compartíamos y discutíamos los papeles impresos, las paredes en que se mostraban los grabados se transformaron en la pantalla del computador, donde el tamaño, el color, la profundidad, la relación de la obra con el espacio y la materialidad se volvieron elementos muy subjetivos.

¿Cómo construir el murmullo soterrado del otro, maestro, compañero estudiante, que acompaña el aprendizaje de las artes en los pasillos de la facultad, en la soledad del encierro en casa, muchas veces acompañado de familias, gritos, ruidos, gente de la cual solemos escapar para crear?

La construcción del material de trabajo, la reflexión sobre este y su uso en el propio hogar se transformó en la manera de transmitir una forma alternativa de hacer grabado dando mas importancia al proceso de creación que a los eventuales resultados.

Es cierto también que la pandemia nos ha hecho ganar muchísimas cosas. En el tiempo de encierro y clases online se generó un espacio de conversación virtual muy activo, a la par con entrevistas que pudimos generar con artistas a los que invitamos a nuestras clases desde todas partes del mundo. Florecieron conversaciones por Instagram, Podcast y videos tutoriales, sin embargo, nada se compara a dibujar sobre la misma piedra y girar la misma rueda de la prensa que usaron tus maestros. Efectivamente hay algo muy especial en enfrentarse a una piedra litográfica que uno sabe ya ha recibido dibujos y dibujos, generación tras generación.

Todo esto que nos sucedió en el ámbito de la enseñanza y el aprendizaje, también nos pasó en nuestra propia producción artística, la investigación docente no solo se centra en los aspectos técnicos del oficio, sino que como he mencionado anteriormente en la poesía que está al interior de toda producción artística. En ese sentido es importante para los estudiantes tener conversaciones con un artista, tener referencias de alguien activo en el mundo del arte. Las nuevas generaciones buscan, quizás, referentes cuya actividad creadora se integre de forma coherente con la propia enseñanza.

El rol docente en el arte conlleva la creación en sí, de esta forma la continuidad de la creación durante estos tiempos se transformó en un factor crucial para el éxito en la adaptación durante el encierro y en el retorno.

De alguna manera la ética del artista maestro es juzgada por su capacidad de creación bajo toda circunstancia.

Los procesos de reflexión creativa se dan por lo tanto en la obra o el proceso de obra, cuestión que presiona al grabado constantemente a cuestionar el peso de sus propios instrumentos y materiales, que, bajo ningún punto de vista, pueden aislarse de urgencias sociales, ecológicas

Para que el grabado subsista se debe comprender la maquina, sobrevivir a la cercanía permanente con la industria gráfica, a la constante inflexión entre el apego y desapego del proceso de impresión y la imagen. Creo que esta pandemia nos ha puesto en un contexto que nos ha obligado a mirarnos en nuestras prácticas, revisar y re valorar la particular manera en que hemos ido construyendo la enseñanza del grabado en la Universidad de Chile.